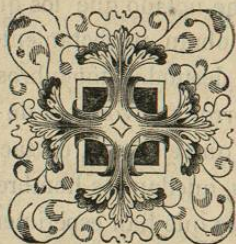


venidos cristianos, y aunque es verdad que han perdonado la vida á muchos religiosos, hay ocasiones en que es tan implacable su saña, que olvidando esta remisa veneracion que demuestran, les quitan tambien las vidas, como se verá en las atroces muertes que mediante Dios referirémos en esta crónica.

En la ocasion en que estoy escribiendo esta historia, están los indios del reino de Leon muy revueltos, ejecutando cada dia mayores lástimas y atrocidades, así en los pastores como en los vecinos, en tanto grado, que han precisado al gobernador que salga á campaña con mucha gente, para contener con las armas su soberbio y atroz orgullo: en el camino del Parral, especialmente en las haciendas y estancias de Durango, se han avilantado tanto, que nunca habian llegado á ejecutar sus hostilidades tan cercanas á la ciudad de Durango como el año de 35, pues como queda referido, al cuarto de legua han ejecutado sus atrevidos insultos. Omito muchas lástimas que pudiera referir en esta materia, y me contento con esta leve insinuacion del trabajoso estado en que se hallan muchos conventos de la provincia, por no ser molesto en la crecida narracion de tantos infortunios; que escribir dilatados tratados de cosas y casos lastimosos y todos de una misma especie, es provocar á cansancio, mas que á sentimiento, y dar hastío al lector con repeticiones iguales, como sintió Casiodoro. Antes presumo que me he excedido en este punto de las atrocidades de los indios bárbaros, pero no debe admirar que haya quejosos, si somos todos tan lastimados.



PARTE CUARTA.

Dase noticia de diversos religiosos que murieron á manos de los bárbaros en obsequio de su apostólico ministerio.

CAPITULO I.

Refiérese la primera sangre que se derramó en los principios de la fundacion de esta provincia por el P. Fr. Bernardo Cossin, su hijo.

CON el precio mas subido, decia Séneca, se compra lo que con trabajos se logra, que aun por eso es muy estimable para el fatigado labrador la miel que regó con sus repetidos sudores y secundó con sus continuados afanes, y esta es tambien la causa porque esta religiosa provincia de Zacatecas ame tiernamente los pueblos que ha fundado en sus distritos, como partos do su dolor y mieses regadas con tanta sangre religiosa como han vertido sus hijos á manos de los indios caribes, en las fundaciones y conservacion de las casas de doctrina, que han sido el primer conato y principal desvelo de nuestra religion seráfica en los dilatados términos que ocupa. Muchos son los hijos de mi seráfica familia que, criados en tanto número de provincias como por todo el orbe la ilustran, han sacrificado sus vi-

das para aumento de la evangélica ley en diversas partes de la tierra, ofreciéndose voluntariamente al cuchillo de los tiranos, por sacarlos de los errores en que vivían y reducirlos al seguro rebaño de la Iglesia. Pero no se le puede negar á esta provincia de Zacatecas ser el Benjamin del Jacob de la ley de gracia, mi seráfico patriarca, ya por lo pequeño y retirado de todas, y lo principal, por ser hija del dolor tantas veces repetido en las tiranas y atroces muertes que han dado los bárbaros caribes á sus religiosos hijos, pues pasan de veinte los hijos de esta provincia que por la esaltacion de la fé católica han derramado su sangre en los términos de esta provincia, y si á este dolor se junta el prolongado martirio que padecen sus religiosos hijos, metidos entre los bárbaros, no hay duda que será el mas escesivo y que los acredite de Benjamin verdadero.

Muchos son los religiosos de esta provincia que han hecho sacrificio de sus vidas en los términos en que está fundada; y aunque los primeros fueron hijos de la esclarecida provincia del Santo Evangelio, madre de todas las de este nuevo mundo, como esta santa provincia proveia de religiosos á la custodia de Zacatecas, ninguno debe estrañar que los comprenda en esta crónica de Zacatecas, una vez que la obediencia los señalò por hijos de ella, y en sus países derramaron valerosamente su sangre, predicando á sus indios bárbaros con apostólico celo: varias son las noticias que tengo acerca de este asunto; pero omitiré las que parecen confusas, y que no tienen toda la certidumbre que se requiere para ponerse en una historia verdadera, y solo referiré las que de originales muy radicados he cogido, y las que de pública voz y fama de toda esta tierra son generalmente conocidas é individualmente ciertas: aunque las incomodidades del país, las distancias desmedidas y los incendios de los conventos y sus archivos, nos han dejado tan limitadas las memorias y tan ocultas las cosas dignas de saberse, á que no ha ayudado poco el haber sido sus religiosos mas aplicados á emprender hazañas dignas de su celo que á escribirlas; y habiendo tenido las manos en tan santa labor ocupadas, han tenido en este particular siempre las plumas ociosas, cuidando mas de la obligacion que de la fama: ni los disculpo por esto, que si hubieran, como César, peleado y juntamente escri-

to, hubieran dejado á los ojos de la posteridad ejemplos que seguir y heróicas acciones que imitar; pero pues no nos dejaron mas que los ecos, escribiré solamente lo poco que con solidez he alcanzado, y se podrá perdonar lo diminuto por lo que tiene de cierto.

Fundáronse los conventos del Nombre de Dios y de Durango por el año de 1554, y le pareció á la Divina Providencia tiempo oportuno de que la religion seráfica en este nuevo orbe de la América, sobre el ceniciento saco que por mortificacion ciñen sus hijos, vistiesen la púrpura del martirio, y saliesen al teatro de esta nueva iglesia indiana á representar los triunfos de su apostólico celo, coronándola de los laureles que crecieron con el riego de su sangre derramada por la fé católica. Entre los muchos que se destinaron para este efecto por los prelados de la provincia del Santo Evangelio, uno, y el mas dichoso, fué el P. Fr. Bernardo Cossin, á quien el M. R. P. provincial que á la sazón era del Santo Evangelio Fr. Francisco de Bustamante, envió al Nombre de Dios para que estuviese á la disposicion del P. Fr. Pedro de Espinareda, prelado de aquel convento y custodia.

Este venerable varon fué el primero que de los cristianos viejos rubricó con su sangre las verdades de la fé católica en estas partes de la América, mereciendo por su apostólica vida y virtudes maravillosas esta dicha, que aunque se la disputa nuestro erudito Torquemada, hay autores fidedignos que dan á Fr. Bernardo Cossin la primacía, fuera de que el mismo Torquemada afirma que no sabe qué año murió Fr. Bernardo Cossin á manos de los bárbaros chichimecos, y faltándole esta noticia, mal pudo sacar el cómputo de los años para atribuir á otro la primacía; y mas cuando confiesa él mismo que algunos en sus historias lo ponen por primero de los antiguos cristianos; que de los modernos, ya un indiezuelo de Tlascala llamado Cristóbal fué primero martirizado, con que sin perjuicio de otro que pueda alegar mejor derecho, afirmo: que el primero de los mártires de los cristianos antiguos de este nuevo mundo fué Fr. Bernardo Cossin, religioso de mi seráfico Padre San Francisco, de la provincia de Zacatecas, en la ciudad de Durango, valle entonces de Guadiana, y perteneciente á la provincia del Santo

Evangelio, de quien siempre fué custodia hasta que se erigió en provincia.

Asentada la primacía del martirio en estas partes por Fr. Bernardo Cossin de la provincia de Zacatecas, custodia que era entonces de la del Santo Evangelio, paso á referir las circunstancias maravillosas de su muerte. Fué el venerable P. Fr. Bernardo Cossin, sacerdote de nacion frances, hijo de la provincia de Aquitania: no se sabe el lugar de donde fué oriundo, pero sí el convento en que vivia cuando pasó á la Nueva-España, que es de San Juan de Luz, tres leguas distante de la ciudad de Fuenterrabía, plaza de armas de la provincia de Guipúzcoa. Teniendo este bendito religioso noticia de la multitud de infieles que por medio de nuestros religiosos se convertian al cristianismo en estas tierras, sacó licencia de los preladados para ocuparse en ejercicio tan santo en la Nueva-España. Llegó á la ciudad de México, donde dió evidentes muestras de su religiosidad y celo, pues no solo era el primero en todos los actos de comunidad, sino que procuraba adelantarse en devotos ejercicios: en la guarda literal de su regla fue observantísimo, sin que jamas se le advirtiera la mas mínima dispensa aun en sus consejos evangélicos. Fué en extremo penitente, sin admitir para su abrigo mas que un grosero hábito viejo que trajo toda su vida á raiz de las carnes, sin mitigacion ni alivio alguno: sus jornadas, que fueron dilatadísimas y por caminos escabrosos, siempre las hizo á pié y descalzo; su viático fue la Divina Providencia; su breviario, un báculo y un crucifijo, que era el norte de su rumbo, á quien miraba continuamente para imitar sus pisadas en lo posible: contemplaba indispensablemente los tormentos de su Divino Maestro, y considerando la ingrata correspondencia de los hombres, se deshacia en copiosas lágrimas: el celo de la salvacion de las almas fué el que enardecia su espíritu; éste le sacó de su patria; éste le hizo peregrinar por toda la España; éste le hizo que, despreciando los peligros del tempestuoso Occéano, pasase á México, y finalmente, este fué el que le sacó de la quietud de su celda y le obligó á dar la vida en su demanda.

Para este fin sabiendo que en los nuevos conventos que se habian fundado adelante de Zacatecas, habia multitud de gen-

tiles, y mucha falta de operarios para la gran cosecha que se ofrecia para los graneros de la Iglesia, pidió licencia al prelado y se la concedió señalándole por súbdito del padre Fr. Pedro de Espinareda. Salió de México este valeroso soldado, fortalecido con el escudo de la fé á presentar batalla campal al inferno, solicitando despojarle de tantos bárbaros chichimecos, como tenia alistados para sus oscuros calabozos; pasó con muchos trabajos hasta llegar á las serranías de Sombrerete, donde habitaban innumerables bárbaros chichimecos, acompañado de dos indios mexicanos. En cuantas partes encontraba indios congregados, evangelizaba la divina palabra con apostólico celo: sucedió en los contornos de Sombrerete que predicando á los bárbaros que encontraba en los caminos, heridos estos del desprecio con que hablaba de sus dioses, enarcando sus balistas le tiraron innumerables flechas para matarle; pero Dios que queria manifestar á los bárbaros la grandeza de su poder, y la eficacia del Evangelio que Fr. Bernardo predicaba, dispuso que las flechas que disparaban al bendito religioso, sin tocarle un hilo de su ropa, se revolviesen contra los mismos indios que las tiraban, con tal violencia, que murieron muchos de ellos al impulso que les daba la mano oculta de Dios, que las rebatia. Conocieron los bárbaros el prodigio; pero obstinados mas como otro Faraon, á vista de esta maravilla, no atendieron á que la mano poderosa de Dios era la que en confirmacion de la ley Divina que se les predicaba, por el aire volvia contra ellos sus saetas; y así endurecidos huyeron admirados, confusos y medrosos, dejando el campo y la victoria al padre Fr. Bernardo por suya.

Dió el bendito padre innumerables gracias á la Magestad Divina por el prodigio, y radicado mas en su santo celo, pasó al Nombre de Dios á dar la obediencia al devoto padre Fr. Pedro de Espinareda, quien le recibió con entrañas de amoroso padre, y despues de haber descansado algunos dias, le envió á Durango para que en compañía del padre Fr. Diego de la Cadena, evangelizase á los chichimecos de su serranía. Antes de salir á campaña, se previno el apostólico varon con duplicados ejercicios de oracion y penitencias, y fortalecido con el manjar divino que recibió, habiendo celebrado con muchas lágri-

mas el Santo Sacrificio de la misa, se despidió de su compañero, y con un crucifijo en las manos entró por la serranía de Durango en busca de gentiles, para reducirlos á la fé de Jesucristo; pocas leguas habia andado, cuando encontró con una numerosa ranchería, y enarbolando el sagrado crucifijo, comenzó con alentadas voces á afearlos sus bárbaros ritos y ceremonias, persuadiéndoles abrazasen las verdades de la ley Evangélica: confusos y admirados de la resolución del apostólico ministro estuvieron los bárbaros largo tiempo, hasta que irritados de la astucia del demonio; que veía que por medio de este varon se habia de minorar mucho su imperio, con crueldad le flecharon, sin que pausase en predicarles, hasta que entregó su espíritu con el divino simulacro de Cristo crucificado en las manos.

Este dichoso fin tuvo el venerable padre Fr. Bernardo, coronando todas sus acciones con la púrpura de su sangre, que valerosamente derramó por la escaltacion y honra del nombre santo de Dios. Tuvo noticia de su dichosa muerte el padre Fr. Diego de la Cadena, y acompañado de algunos indios amigos y los españoles, salió en busca del cuerpo de su hermano, que habiendo estado cinco dias tirado al sol, lo encontró tan flexible como si acabaran de matarle, y vertiendo fresca sangre por sus heridas con una fragancia tan singular, que dejó á todos admirados y devotos. Diósele sepultura en el convento de Durango, donde aunque al presente hay pocas memorias de este bendito religioso; pero yo creo piadosamente que está escrito en la memoria eterna, en que se escriben los justos por su apostólica vida y muerte felicísima. Padebió este ínclito atleta de la fé, el año de 1555, dos años despues de fundado el referido convento del Nombre de Dios, y uno despues de fundado el de Durango por el padre Fr. Pedro de Espinareda, que tuvo la fortuna de ver las primicias de su apostólico celo en la sangre de su primer hijo. Aquí debia yo emplearme en alabanzas de la invicta paciencia de este héroe esclarecido, haciendo saludable para la devocion la memoria de las tribulaciones con que costó sus glorias; pero en mí este empeño fuera osadía temeraria siendo tan tibio de espíritu, y así me contento con referir sencillamente sus hazañas, fiando á la devocion los afectos que no puede dar la pobreza de mi pluma.

CAPITULO II.

Refiérense otros cuatro religiosos que fueron muertos por estos tiempos en Sinaloa por los bárbaros.

Noticioso el venerable padre Fr. Pedro de Espinareda de la feliz muerte de Fr. Bernardo, celebró el triunfo con especial júbilo de su espíritu, y retirándose á la oracion á dar á Dios las gracias por tanto beneficio, salió de ella, determinado de enviar nuevos obreros á una nueva labor que tenia noticias de la provincia de Sinaloa, de innumerables bárbaros, para que fecundados con el rocío de la doctrina católica, diesen á Dios con su conversion continuas alabanzas. Habia pocos dias que habian llegado á su compañía el padre Fr. Pablo de Acevedo, sacerdote, y el padre Fr. Juan de Herrera, religioso lego, señalados por el M. R. P. provincial del Santo Evangelio, para la conversion de las gentes de esta nueva custodia. Era el padre Fr. Pablo de Acevedo portugues de nacion, tomó el hábito en la provincia de Santa Cruz de la Isla Española, hoy de Santo Domingo; era celosísimo de la salvacion de las almas, y movido de la fama de lo mucho que nuestros religiosos trabajaban en la provincia del Santo Evangelio en la conversion de las almas y administracion de los santos sacramentos á los indios, alcanzó licencia para venirse á ella. De su santo celo y aprobada vida, dieron testimonio no solo los que le conocieron en México, sino los que en estas partes le comunicaron: era celador acérrimo de la divina honra, y los deseos de la salvacion de las al-

mas eran tan ardientes, que lo traian sin sosegar un punto, con la ansia de ocuparse en tan santo ministerio. Supo que en esta nueva custodia era la mies abundante y pocos los operarios, y ambicioso de numerarse entre los obreros de esta viña, pidió licencia á los prelados, que se la dieron gustosos, conociendo sus muy religiosas prendas, y su génio afable y caritativo con todos; trajo por compañero al padre Fr. Juan de Herrera, religioso lego que le fué fiel compañero en el todo.

Fué Fr. Juan de Herrera hijo de la provincia de Santiago, vino á esta Nueva-España el año de 1541 con los doce religiosos que de aquella santa provincia trajo el M. R. P. Fr. Jacobo de Testera para la de Guatemala, á donde los envió con el M. R. P. Fr. Toribio de Motolinia, quien habiendo llegado á Guatemala, envió á Yucatán á cuatro religiosos, y con ellos al padre Fr. Juan de Herrera, que aunque lego, era muy hábil y sufficientísimo para predicar á los recién convertidos, como lo ejecutó fervoroso, pues aprendiendo la lengua maya de aquel país, en breve tiempo, teniendo escuela pública en que enseñar á los indios á leer, escribir y contar con todo esmero, como refiere nuestro erudito Torquemada. Al cabo de algunos años vino á México donde se ocupó sirviendo á los sacerdotes religiosamente: en esta ocasion se ofreció la venida de Fr. Pablo en compañía del gobernador de la Vizcaya, y celoso Fr. Juan de emplear el talento que Dios le habia dado en la conversion de los infieles, vino en su compañía á esta custodia. Recibiólos el prelado con entrañas de amoroso padre, y los hospedó y regaló con lo que ofrecian las penurias de aquellos tiempos: ya que hubieron descansado, los llamó el prelado y les hizo este razonamiento.

“Amados hijos míos, aunque la prontitud de vuestro humilde rendimiento me causa y sirve de consuelo, porque consta que venisteis resignados y resueltos á padecer los trabajos que se ofrecieron por la dilatacion de la fé; pues á este fin habeis solicitado venir á estas tierras solitarias de gente de razon, y solo de bárbaros pobladas; con todo esto, de parte de Dios os ruego no tengais un instante ociosos vuestros fervorosos deseos: tengo noticias ciertas que en la provincia de Sinaloa hay innumerables poblaciones de gentiles chichimecos que viven sumergidos

en sus errores, por falta de ministros; á estos es mi ánimo enviaros, para que con las luces de vuestra predicacion y ejemplo salgan del gentilismo en que el demonio los tiene alucinados. Disponed vuestros corazones para que en vuestra resignacion logre feliz asiento el divino beneplácito: conservad la paz que es señal de caridad perfecta, sed humildes y pacientes en los trabajos para que salgais siempre victoriosos: nunca falte de vuestra memoria la de la acerba pasion de nuestro amantísimo Jesucristo, que ésta confortará en las mayores fatigas vuestros corazones, y en las mayores tribulaciones, que en obsequio de su amor padecereis os dará alientos.”

Con las amorosas palabras de su prelado quedaron enternecidos los dos venerables súbditos, y con alegría generosa se resignaron á la obediencia con ánimo de permanecer en la empresa hasta dar la vida á imitacion de su Soberano Maestro. Dióles su bendicion el prelado, y ellos tomaron su viage para Sinaloa, llevando por viático la confianza en la Providencia Divina, que siendo el mas seguro, es el que causa menos peso: caminaron á pié y descalzos por la Sierra muchos días, y á cuantos indios encontraban en la montaña, iban alumbrando con las luces de la fé católica: tardaron mas de dos meses en pasar las distancias de ella, sin mas sustento que algunas bellotas, y otras silvestres frutas que producian los montes; pero tan contentos los siervos de Dios con los trabajos, que se recreaban con ellos como con regalos enviados por el Altísimo: llegaron á Sinaloa estos dos varones esforzados, donde hallaron la copiosa mies que buscaban con singular regocijo de sus corazones.

Comenzaron á predicar la divina ley entre los gentiles bárbaros, que los recibieron con mas benignidad que la que acostumbran: diéronse tal lugar con su conversacion y trato los dos benditos religiosos con los bárbaros, que á pocos dias les ganaron las llaves de sus duros y obstinados pechos, y rindiendo sus corazones al yugo de nuestra católica ley y cristiana doctrina estaban con los padres tan bien hailados como si se hubieran criado y nacido con ellos. Como doce años duró la tranquilidad de los indios y gusto de nuestros religiosos ministros, haciendo en este tiempo unas iglesias y casillas de paja en que

asistian á los divinos oficios, haciendo al mismo tiempo en diversos puntos de la provincia de Sinaloa otras casas donde se juntasen los indios á la doctrina cristiana, así los párvulos como los adultos de uno y otro sexo, á cuya educacion asistian los dos benditos religiosos. Cuando los padres entendian que estaban mas gustosos los indios, y en la doctrina y cristiana ley que habian recibido, mas bien hallados, el enemigo comun comenzò à sembrar la cruel semilla de la zizaña en los corazones de los indios, tierra bien dispuesta para la produccion de todo género de maldades; sucedió, pues, en esta forma:

Pacificada la tierra por medio de estos benditos religiosos, sin mas armas, ni mas costo que su religioso instituto y su celo fervoroso, avisaron al gobernador de la Vizcaya, cómo los indios de aquella dilatada provincia eran ya fieles vasallos de la Iglesia y del rey de España; no dieron el aviso á sordo, ni á desinteresado, pues sin atender que eran unos pobres recién convertidos, rodeados de indios bárbaros que los perseguian, sin mas caudal para su sustento que la flecha y el arco, envió á un perverso mulato que cobrara á los indios de Sinaloa un señalado tributo cada año para su persona. Y como semejaute canalla siempre ejecuta prontamente lo que no debe, comenzó á molestar á los indios y á maltratarlos para la cobranza; y como no tenian con que satisfacer por modo alguno su codicia, se multiplicaron los malos tratamientos á los pobres indios. No era esto lo peor, sino que el mulato malvado les decía que era orden del padre, para ver si por este medio y el amor que al padre profesaban podía recaudar de los indios alguna cosa: con estas pláticas del mulato con los indios, y otras que les diria, para escusarse de la infamia que ejecutaba, contrajeron los indios un odio implacable contra el bendito padre Fr. Pablo, y como no vive el leal mas tiempo que el que el traidor le concede, le perdieron los indios el amor que le tenian y se convirtió en insaciable furor é ira con que alevosamente cuando menos lo pensaba, le quitaron la vida con crueldad de bárbaros.

No quedò el mulato sin su merecido castigo, pues viendo á su santo padre muerto los indios, y que al espirar les habia dicho con ternura, que en qué les habia ofendido para que con

tanta crueldad le mataran, conocieron que el mulato habia sido la causa de su delito, provocándolos con sus embustes, á que se indignasen contra su santo maestro y padre, y con este conocimiento buscaron al mulato, y le hicieron minutísimos pedazos en presencia del religioso lego: reprendió éste su atroz y bárbaro delito con tanta eficacia, que afirmó un indio que vino á dar la nueva, que lloraban como compungidos de ver muerto al padre Fr. Pablo: poco les duró este sentimiento, porque como un hierro siempre se eslabona con otro, temiendo que el padre Fr. Juan como testigo de vista, habia de serlo de su enorme y atroz delito, le quitaron tambien la vida á breve rato, aunque le miraban todos como á su padre, por su amor y cariño: mataron tambien á los indios mexicanos que los padres habian llevado para que les ayudaran en la enseñanza de la doctrina, y otras cosas necesarias; quedando en término de un dia destruido el cristianismo de una provincia tan dilatada como Sinaloa, que les costó à los benditos religiosos doce continuados años de sudores y trabajos, solo por no atemperarse à la mente real un ministro codicioso, y por los diabólicos embustes de un mulato, sugeto tan adecuado para cualquier diabólica astucia, que en toda la naturaleza humana no hallaria semejante el demonio, y solo podria conseguirlo, tomando por instrumento á un mulato. Sucedió su dichosa muerte año de 1567.

Dejaron los indios bárbaros los cuerpos de los religiosos y de los demas que mataron, tirados en el campo; y se fueron fugitivos á las serranías, temerosos del castigo que les amenazaba. Despues de pasados muchos dias, se supo la muerte de los religiosos por un indio de Sinaloa, que pareciéndole mal la accion de sus hermanos y compañeros, vino á avisar al custodio, que condolido de la lastimosa muerte de sus hijos, solicitó quien le trajese sus cadáveres ó huesos, para darles honorífico sepulcro. Vivian á la sazón en el convento de Durango con el custodio dos religioros sacerdotes, de ejemplarísima vida, que se ocupaban en el ejercicio de la conversion de los chichimecos, cuyos nombres y patrias se ignoran por la poca curia de aquellos tiempos, y por las razones arriba referidas. Estos dos religiosos se ofrecieron á ir voluntariamente por certificarse de la verdad del caso, y hallando ser cierto, conducir sus cadáveres,

ó á lo menos darles decente sepulcro. Salieron de Durango estos dos apostólicos religiosos en busca de sus difuntos hermanos; predicaban por los caminos la divina ley á cuantos indios hallaban, convirtiendo muchos de ellos á la fe católica: con esta tarea apostólica llegaron á Sinaloa, y viéndolos los atroces y alzados indios que moraban en la serranía, y que sacrilegos mataron á los religiosos, bajaron á los llanos en su seguimiento: conocieron los religiosos la dañada intencion que los bárbaros traian, y esforzándose recíprocamente con valerosa constancia, puestos en manos de Dios, les salieron á los indios al encuentro con el estandarte de la fe en las manos; comenzaron á afeales su apostasia, y á predicarles las verdades de la fe católica, y desentendidos los indios de tan saludables consejos, endurecidos y obstinados, quitaron á flechazos la vida á los dos benditos religiosos, dejando sus cuerpos en el campo para pasto de los silvestres animales.

Llegó á noticia de los españoles del contorno la nueva de uno y otro caso, y unidos, determinaron, pasados ya mas de dos meses, ir á enterrar ó traer los cadáveres de los religiosos. Todos los hallaron comidos de los lobos y coyotes, y la mayor parte de los huesos: solo el cuerpo del venerable P. Fr. Pablo de Acevedo hallaron entero é incorrupto, sin que le faltase parte alguna; pero tan pequeño y reunido, que siendo hombre corpulento y de mas que mediana estatura, parecia en todas sus proporciones cuerpo de un niño de tres años. Conocíanle muchos de los circunstantes, y mirándole con reflexion, no dudaban por el rostro, hábito y cerquillo, ser el venerable Fr. Pablo; pero les admiraba su flexibilidad, incorrupcion y estatura pequeñísima á que lo veian reducido, y admirando los prodigiosos é inescrutables juicios del Altísimo, lo trajeron al Nombre de Dios, donde se le dió honorífico sepulcro, y juntamente se enterraron los huesos de los otros tres religiosos, que aunque de los dos no sabemos los nombres, espero piadosamente estarán puestos en el libro de la vida.

Este encogimiento y reunion de las partes del cuerpo de Fr. Pablo, hasta formar la estatura perfecta de un pequeño niño, no puede carecer de misterio; y aunque no quisiera tocar este punto, porque no me tengan por misterioso; pero á vista de las

circunstancias que precedieron á su muerte, de los embustes del mulato, y de los motivos que dieron despues los indios para haberle muerto, que de todo vino á ser la causa el mulato cabiloso, discurro piadosamente, que el no haber permitido Dios llegasen los animales al cuerpo de Fr. Pablo, sino que se conservase incorrupto, reducido á la estatura de niño, quiso manifestar al mundo la inocencia de este venerable padre, y cómo se hallaba libre de la calumnia que le imputaba el mulato, de ser causa de las vejaciones que ejecutaba en los indios; y como Dios ama á los suyos, y no quiere que la buena vida y rectas operaciones de sus siervos queden en opiniones y dudas, dispuso su Providencia Divina, manifestar á los hombres lo libre que se hallaba Fr. Pablo de las falsas imposturas del mulato, librando su cuerpo de los animales voraces de aquellos campos, libre de corrupcion, y reducido á la estatura de niño, á la que el Divino Maestro puso á los apóstoles por ejemplar de la mayor inocencia, y de la vida mas arreglada á que vinculó la bienaventuranza. Fué su dichosa muerte año de 1567.

